

This is an **extended summary** of an open access article under the CC BY SA license.
Article DOI: <https://doi.org/10.52612/journals/eol-oe.2023.21177>

La epistemología como brújula

Maryvonne Charmillot ^[0009-0002-7390-6500],

University of Geneva, Switzerland

Palabras clave: Normas científicas, epistemología integral, injusticias epistémicas, justicia cognitiva

Resumen largo.

¿Qué debemos hacer entonces cuando no nos sentimos a gusto con la forma dominante de examinar la construcción del conocimiento? ¿Cuando se tiene la sensación de que surgen injusticias epistémicas, de que la neutralidad produce violencia? Me propongo responder a estas preguntas rastreando el origen de la construcción de la postura que adopto hoy en mi actividad de investigación y de docencia con las estudiantes de Ciencias de la Educación de la Universidad de Ginebra, así como de la Escuela Doctoral en Ciencias de la Educación (EDSE, por sus siglas en francés). En consonancia con el título del presente artículo, considero que la noción de postura epistemológica es un «espacio para la reflexión ética», es decir, un «espacio para reflexionar sobre cómo “dirigir la propia conducta” como persona que investiga» (Matthey, 2005). La construcción de ese espacio es un proceso de encuentros y vínculos. Requiere audacia y autorización, a menudo hace que los investigadores y las investigadoras se enfrenten a la adversidad, y a veces los y las sume en la soledad. La búsqueda de alternativas al positivismo coloca a los investigadores y las investigadoras en posiciones minoritarias que les obligan a justificarse constantemente en relación con las normas científicas dominantes.

La concepción de epistemología integral que comparto en esta contribución se refiere a una racionalidad ética que presupone pensar en la solidaridad e interdependencia entre los seres humanos y encuentra su marco de aplicación en la ética de la responsabilidad, en el sentido de Max Weber (1963). Una ética que se preocupa por las consecuencias de sus actos. Este anclaje teórico inicial orienta inmediatamente la cuestión epistemológica hacia la relación con los demás. Cuando ejerzo una actividad de investigación, ¿qué lugar ocupan las personas afectadas por mis objetos de investigación: les doy la palabra o se la quito? ¿Les asigno una identidad preconstruida por mis categorías, conceptos, grillas de entrevistas, etc., o les doy el espacio y el tiempo para que transmitan su propia narrativa identitaria? ¿Mi investigación responde a una lógica de gestión o tiene un propósito emancipador? A partir de mi trabajo con Raquel Fernández-Iglesias (2018), parto de la premisa de que dedicarse a una actividad de investigación, sea al nivel que sea, implica «contribuir a modelar el curso del mundo» (Lagasnerie, 2017, pág. 12). Y, basándome en mi investigación en el ámbito de la salud y la enfermedad (Charmillot, 2019), expreso esta contribución con el título del libro de Walter Hesbeen (2000) *Prendre soin dans le monde* (Cuidar en el mundo). En otras palabras, llevar a cabo actividades de investigación integral en ciencias de la educación es, en mi opinión, una actividad vinculada con los cuidados en la medida en que propone «otro modelo para las humanidades y las ciencias sociales: como conjunto de teorizaciones, los estudios sobre los cuidados justifican distanciarse del racionalismo y del formalismo estrecho, y defienden la integración de las cuestiones feministas y los estudios de género con el fin de construir nuevas representaciones críticas del mundo social y político» (Brugère y Gautier, s.f.).

La epistemología integral es también una epistemología del vínculo. Me refiero aquí a las principales propuestas de Florence Piron con miras a restaurar o fortalecer la justicia cognitiva y devolver la moralidad a la actividad científica. La epistemología del vínculo «intenta preservar y visibilizar, en un texto de ciencias sociales, todos los vínculos humanos que hacen posible la creación del conocimiento» (Piron, 2017, pág. 33). Una epistemología de este tipo es fecunda en la medida en que permite reconocer la pluralidad de los saberes y los contextos en los que se crean, sin jerarquías ni privilegios. Esta epistemología está al servicio del desarrollo de la justicia cognitiva, es

decir, de «un ideal epistemológico, ético y político orientado a la emergencia de conocimientos pertinentes desde un punto de vista social en todas partes del mundo y no solo en los países del Norte, dentro de una ciencia que practique un universalismo inclusivo, abierto a todos los saberes» (pág. 37).

En el presente artículo se pone de relieve, asimismo, que la construcción del conocimiento está arraigada en varias esferas —biográfica, institucional, social y política— y que la relación con el conocimiento siempre está situada y es dinámica. Hoy en día, los cambios y las crisis sociales (medioambientales, sanitarias, geopolíticas) interpelan cada vez a más los investigadores, que cuestionan el principio de la neutralidad científica y la supeditación de la ciencia al capitalismo. Por lo tanto, una postura nunca viene dada, sino que se construye; se consolida y se enriquece y puede ser objeto de conversiones, como ha demostrado Caroline Dayer (2010) en su análisis de las tensiones que los investigadores experimentan en su ámbito profesional y las transacciones que realizan para superarlas. Esas transacciones implican conversiones epistemológicas y a veces incluso un sinceramiento epistemológico radical.

A partir de allí, muestro que mi búsqueda ha estado orientada a encontrar una forma de ejercer mi labor como profesora investigadora con la que me identifique. El pensador indio Vish Visvanathan (2016, pág. 23), que acuñó el concepto de justicia cognitiva, sostiene que «el conocimiento es una morada, una forma de vida» y no solo un «sistema o conjunto formal de propiedades incorpóreas». La epistemología del vínculo, tal y como la ha forjado Piron, es una invitación a pensar de forma vincular, por uno mismo y en diálogo, una invitación a que emerjan las voces habitualmente llamadas al silencio. Es una invitación a permitirse llevar una vida de autoría ética, teniendo como horizonte la lucha contra toda forma de injusticia cognitiva o social. En otras palabras, es la autorización a situarnos epistemológicamente en nuestro lugar. Jeanne-Marie Rugira, profesora de psicología en la Universidad de Quebec, quien ha trabajado intensamente con Piron, habla de la audacia de cuestionar nuestros procesos de producción de conocimiento. En su opinión, estar intelectualmente en el lugar de uno es «sentirse en casa». Aboga por enfoques de investigación arraigados en una conciencia histórica individual y colectiva: ¿qué pertinencia tienen las preguntas que me planteo para este momento de mi historia y de nuestra historia colectiva? La cuestión es comprender los contextos sociohistóricos y sociopolíticos que producen los pensamientos que nos impulsan en nuestras actividades de investigación en los ámbitos de la educación y la formación. La cuestión ética de la epistemología del vínculo se despliega aquí desde el punto de vista situado del sujeto investigador: ¿dónde estoy, en qué momento me encuentro, dónde me sitúo? A partir de la teoría de los puntos de vista situados, Rugira aboga por que la investigación deje de ser un simple ejercicio de producción de conocimientos y se convierta en un motor de cambios personales y sociales profundos, basados en las posiciones conjuntas de los oprimidos y de la persona que investiga. Tengo presente este horizonte mientras continúo mi camino, siempre a la escucha de los investigadores que están en busca de otras formas de pensar la ciencia. En las conclusiones de su tesis, Raquel Fernández-Iglesias (2016) retoma la invitación a caminar de Henri Bergson, quien escribió: «Solamente veo una manera de saber hasta dónde se puede llegar. Es ponerse en marcha y caminar». Esa es la invitación de la presente contribución.

Traducción: Giorgina Cerutti (giorginacerutti@gmail.com)